

BRUNO PATINO

Tempestad en la pecera

La nueva civilización
de la memoria de pez

Traducción de Alicia Martorell

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Tempête dans le bocal: La nouvelle civilisation du poisson rouge*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2022

© de la traducción: Alicia Martorell, 2022

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-023-9

Depósito Legal: M. 19.290-2022

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

1. Aviso de tormenta	13
2. Pantalla total	21
3. La plataformización del mundo	37
4. El quinto poder	43
5. Ciudadano Zuck	63
6. Desarmar la máquina	93
7. Gobernar a los monstruos	115
8. Construir la alternativa.....	131
9. La larga marcha de Ethan Z.....	145
10. El cálculo y el juego.....	153
11. Dejar todo atrás, pero llevárselo todo.....	167
12. Combatir nuestras patologías.....	179
13. El horizonte y el cielo	197
Agradecimientos.....	207
Bibliografía.....	211

*En mi interior revolotea un mar, porque soy sensible.
Lo irremediable es sentir de modo que en todas las extremidades
reina la tempestad y no hay nadie que controle este caos.*

PAUL KLEE, *Diario*

El instante es inhabitable.

OCTAVIO PAZ

Para Marie y Sarah

AVISO DE TORMENTA

A finales de 2020, el doctor Shadi Kurosh, dermatólogo en la Harvard Medical School, esperaba encontrarse con un fuerte aumento de la demanda de citas tras el periodo de confinamiento al que había estado sometido Massachusetts durante unas semanas. En cambio, no había previsto la naturaleza de las cosas que le iban a pedir, que le haría derivar a una parte importante de sus pacientes hacia cirujanos estéticos para los más determinados o hacia un psicólogo para los que aceptasen esa solución.

Unos se quejaban de una nariz demasiado grande y brillante, o de unos ojos caídos, otros de arrugas en el cuello o sombras en la mandíbula, y todos se

quejaban de su piel, entre pálida y amarillenta. El fenómeno, que relató *Wired*, fue observado por muchos médicos más. Por su amplitud y su duración, recibió un nombre: «dismorfia de Zoom». Ninguna de estas personas había tenido problemas con su apariencia en la «vida real». Sin embargo, la imagen procedente de las videocámaras había terminado por resultar insoportable, a fuerza de pasar horas y horas en videoconferencias de todo tipo: profesionales, personales, médicas. El espejo deformante de la cámara parecía estar superando al espejo de toda la vida. Creaba la necesidad de corregir el reflejo de la cámara, relegando a la imagen del espejo propiamente dicho.

El fenómeno se sumaba a otro, más antiguo e igualmente significativo: la «dismorfia de Snapchat»; la necesidad de reproducir mediante cirugía el efecto de los filtros de la red social que permitía tensar la piel, reforzar la mirada, añadir brillos o lograr atributos de animales reales o legendarios (es difícil de olvidar al acusado que no podía apagar el filtro de gato de su cámara cuando hablaba con el juez y empezaba su intervención diciendo: «Señora jueza, se lo juro, no soy un gato, soy un ser humano, es que tengo un problema con el filtro»).

Antes de que la pandemia cambiara el curso de nuestras vidas, ya estábamos en la pecera de la pantalla, nadando en círculos, de aplicación en aplica-

ción, sometidos a los estímulos de plataformas y redes lanzadas a la conquista de nuestro tiempo y nuestra atención. Un virus nos hundió en la era de la pantalla total. La dismorfia se generalizó. Nos preguntábamos si teníamos que seguir adaptando nuestra vida a la pantalla o bien tomar nota de que las pantallas ya nos habían cambiado, a expensas de nuestro cuerpo y nuestra cara. Es un dilema en forma de aporía: salir de la pecera, no ser, estar un poco muerto; quedarse en la pecera, ser absorbidos por ella.

El tiempo conectado, al ser universal, difumina las fronteras, hasta el punto de hacernos perder los puntos de referencia. ¿Cuándo estamos dentro, cuándo estamos fuera? ¿Nuestras casas invaden la oficina o todo lo contrario? ¿La vida privada se hace pública o viceversa? ¿Se invita a la vida a las pantallas o las pantallas delimitan la vida? ¿Lo real se impone a lo virtual o la realidad se virtualiza? Es una imbricación absoluta, en el tiempo y en el espacio.

La pecera se ha convertido en un océano. Un océano de signos, de mensajes, de lugares que nos conectan unos a otros en un mar de datos. Una cantidad imposible de valorar, una producción que nos arrasa y nos arrastra. Las cifras no permiten atisbar este nuevo infinito. Un informe de la Universidad de Stanford de agosto de 2021 menciona que la humanidad produce cada año 1.200 *exabytes* de datos. Eso

no quiere decir nada, salvo que necesitaríamos más de 80.000 millones de iPhones (5S, 16 Gb) para almacenarlos, que, colocados en fila, recorrerían 100 veces el perímetro de la Tierra.

El mundo se está convirtiendo en plataforma ante nuestros ojos. Los gigantes de la tecnología están en todas partes, son todopoderosos y parecen fuera de nuestro alcance. Y, aunque pudiéramos alcanzarlos, ¿querríamos hacerlo? Después de todo, no vamos a pedir cuentas a los que han salvado nuestra vida social, profesional y cultural.

Sin embargo, su comunicado de victoria incluye un aviso de tormenta. No estamos ante un mar en calma, más bien todo lo contrario. «Hay peces que nadan en aguas claras, peces que nadan en aguas turbias y peces que enturbian el agua para nadar mejor.» Esta máxima política, que a veces se atribuye al cardenal de Retz, pero de la que no se encuentra rastro en sus memorias, parece anticuada en esta primera década del siglo XXI. Los pececitos en los que nos hemos convertido ya no pueden elegir el agua en la que nadan: se va enturbiando a medida que las corrientes se hacen más numerosas y más rápidas. Confusión y aceleración marcan nuestro universo.

La plataformización general ha diluido el peso de las redes, pero no ha atenuado sus efectos. Siguen creciendo y captando una porción cada vez más im-

portante de nuestra atención. Su impacto sobre nuestras vidas colectivas y sociales nunca pareció tan importante. El ruido y el furor que albergan y amplifican parecen arrastrarlo todo, provocando un caos en busca de orden y concierto.

Con 4.200 millones de cuentas activas, movilizan el 53% de la población mundial. Los que las utilizan tienen como media cuentas en ocho plataformas diferentes y consagran dos horas y media al día a consultarlas. La tormenta es engañosa, y no es universal: en el fondo reina la calma de las conversaciones amistosas y socialmente amables. Cuantitativamente, la alegría (que logramos medir) se manifiesta más frecuentemente que la ira (que también podemos medir). Sin embargo, la estridencia se acaba imponiendo. Las cuentas de odio y desinformación solo representan del 2 al 3% del conjunto de las cuentas, pero cualquiera diría que son los amos del cotarro.

En las redes «todo el mundo grita y nadie habla», en palabras de Ashley «Dotty» Charles, en su libro *Outraged*, una ilustración entre muchas más del deterioro de la conversación mundial a medida que absorbe cada vez más tiempo de usuarios hipnotizados por la aceleración que sufren y alimentan al mismo tiempo. «No me hables cuando estoy intentando interrumpirte» parece la regla que gobierna nuestras vidas. No somos capaces de seguir el conse-

jo del escritor del siglo xvii Antoine Houdar de la Motte: «No tenemos nada que ganar si respondemos a los que no tienen nada que perder».

El resultado es lo opuesto a la visión (sin duda demasiado idealista) de un espacio público movido por la razón, creación de la filosofía de la Ilustración, con la música de fondo de la emergencia de salones y clubes y la multiplicación de los periódicos, generalizada para toda la población gracias a los grandes medios de comunicación del siglo xx. El nuevo espacio derrumba las fronteras entre lo público y lo privado, lo revuelve todo, da prioridad a la emoción sobre la razón gracias a los algoritmos que recompensan su eficacia económica. Más que un espacio es un poder: el 5.º poder. El de las masas digitales, tan poderoso como paradójico. No tiene dueño, pero sí tiene impacto. Consume a los que lo usan y consume todo lo que toca.

Da la impresión de ser una máquina loca, cuyos creadores se ven en la necesidad de reparar. ¿Saben cómo hacer para devolver la avalancha enfurecida al lecho de la promesa de un ágora general, de la transmisión universal de la información, del acceso apacible a los demás, que sigue estando ahí, pero ha pasado al segundo plano? Las decisiones que se toman parecen bastante ridículas: Donald Trump expulsado de Twitter, pero *después* del asalto al Capitolio; los talibanes expulsados de Facebook, pero *después* de la

toma de Kabul. Al mismo tiempo, algunas grandes redacciones se plantean salir de Twitter.

En el corazón de las batallas que intentan redefinir nuestro universo conectado, siempre está el emblemático dueño de Facebook, Mark Zuckerberg. Lo vemos a veces esquivando, a veces tanteando, siempre acelerando para compensar sus resbalones: 2021 trajo al mismo tiempo un cuestionamiento sin precedentes y el anuncio de una transmutación del océano digital con su proyecto de Metaverso, que pretende prescindir del teléfono o del ordenador para sumergirnos en un universo en tres dimensiones accesible a través de unas gafas con las que trabajaríamos o hablaríamos con la gente.

De tanto concentrarnos en la reconstrucción alternativa del mundo que nos rodea, olvidamos que la tormenta no es solo exterior. También está dentro de nosotros. Todos contribuimos a ella. El sistema digital general es una alianza entre el cálculo y el juego, y este último aspecto es el que nos hace tan proclives a aceptar que somos constantemente objeto de cálculo. Hemos alojado al robot en lo más profundo de nuestro interior.

Y ahora estamos hartos, obsesionados, nos sentimos amenazados. Mirar hacia el pasado alimenta la estupefacción. ¿Con qué habríamos soñado si nos hubieran anunciado hace veinte años que consagraríamos de cuatro a cinco horas de nuestro tiempo a

una actividad nueva conquistada sobre nuestra vida cotidiana? ¿Qué haremos con este tiempo conquistado gracias a la técnica, y no liberado por la lucha? ¿Es una forma de descanso? Quizá. ¿Una especie de evasión? Probablemente. En todo caso, no es intranquilidad permanente ni encierro hipnótico.

Sin embargo, allí estamos. Nadamos en círculos en la pecera de la pantalla, pero esta pecera no se parece a ninguna otra. Y la tormenta está por todas partes. En el exterior, nuestras relaciones con los demás se hacen más histéricas y el estroboscopio de las notificaciones oculta la riqueza sin igual de todo lo que está a nuestra disposición. En el interior, hay marejada intensa. Algo pasa, se apodera de nosotros provocando un malestar infinito, oceánico. La herramienta de liberación desarrolla nuestra servidumbre.

No es el momento de desanimarse. La plataforma del mundo, para estos gigantes nuevos que ocultan la perspectiva de un futuro diferente, puede ser una victoria pírrica. Su poder nos empuja a pedirles cuentas. Creerlos inaccesibles nos lleva a construir nuevas soluciones. De todo eso hablaremos en este libro.

PANTALLA TOTAL

Vuelve la pecera

La civilización de la memoria de pez contaba cómo hemos perdido el control de nuestro tiempo. Lo hemos abandonado con demasiada facilidad en un intercambio que se ha desequilibrado a medida que avanzábamos en él. Las grandes plataformas digitales, redes sociales, plataformas de vídeo, omnipresentes en el móvil, que se ha convertido, para todas las generaciones, en mucho más que un objeto transaccional, han nacido para prestarnos un servicio y hacernos ahorrar tiempo. Para permitirnos encontrar información, entrar en contacto con una perso-

na, divertirnos o participar en una conversación. Y lo han logrado más allá de sus esperanzas y de nuestras expectativas. Han cambiado nuestro mundo, colocando cada punto del planeta a un gesto del pulgar o del índice, sumergiéndonos en una inmediatez perpetua que mezcla y destruye los estratos de nuestras memorias.

La mayor parte ha recurrido a la publicidad para financiarse. Cuando daban sus primeros pasos, no parecía que pudieran rivalizar en términos de poder en este mercado con los medios de comunicación tradicionales. Sin embargo, la tecnología les permitía, al contrario que esos medios de comunicación, conocer con precisión la identidad y el comportamiento de sus usuarios a través de los datos personales. A falta de poder, podían prometer precisión a sus anunciantes. Es lo que, en los primeros tiempos de Internet, se conocía como *data mining*, minería de datos. Se decía que era el nuevo El Dorado.

No obstante, había un error sobre la naturaleza del metal que minaban las plataformas. A cambio de este servicio, creíamos que estábamos ofreciendo datos personales sin demasiado valor. Pensábamos que al transmitirlos no nos privábamos de nada. El *service for data* tenía el sabor y la apariencia de lo gratuito. En cambio, ocultaba una transacción menos generosa, la del *service for time*. Nosotros somos el producto, eso ya está asumido, pero cedemos algo

más que información sin consecuencias. La era del cálculo se extiende a nuestra identidad, nuestro comportamiento, nuestras palabras, para extraer valor a través del tiempo pasado y de la previsión matemática. Lo que se extrae es una parte creciente de nosotros mismos. No hay determinismo tecnológico, solo la consecuencia de un modelo económico llevado a su paroxismo, que tiene dos consecuencias: la dependencia individual y la polarización colectiva.

El bienestar de la resignación

La pandemia ha incidido sobre el curso de las cosas, empezando a escribir un nuevo capítulo de la historia de nuestra relación con los dispositivos conectados. A pesar de las obras que subrayan los diferentes problemas de la economía digital, a pesar de la aparición de iniciativas locales e internacionales que intentan promover una conexión controlada, antes de la aparición del virus no hubo ningún cambio en la tendencia al aumento del tiempo que pasamos ante la pantalla. Nada de *tech panic*, ni mucho menos *tech backlash*. Nuestro comportamiento es el auténtico termómetro de la relación que tenemos con la tecnología y, a finales de 2019, no mostraba ningún cambio en la temperatura. El número de cuentas de Facebook utilizadas diaria (1.600 millones) y mensualmente

(2.400 millones) seguía creciendo (+8%), y el volumen de negocios del mastodonte de Palo Alto creció un 28% con respecto al trimestre anterior. El éxito del altavoz conectado Alexa —percibido como una de las herramientas más intrusivas del mercado— tampoco había dejado de crecer, con más de 100 millones de unidades instaladas.

El investigador Rob Walker no ocultó su decepción al presentar las explicaciones ofrecidas por los usuarios interrogados para justificar la ausencia de cambios en su comportamiento digital. Los cinco argumentos adelantados se completaban, incluso en su contradicción aparente. Hablaban de nuestro bienestar y nuestro conformismo. «No necesito comprender cómo funciona, mientras funcione»; «Es cómodo, nuestras vidas han mejorado en muchos aspectos»; «Hay muchas ventajas, todo es cuestión de equilibrio»; «No hay esperanza, las plataformas han ganado la partida»; «Creo que alguien se estará ocupando de la contraofensiva». La resignación es cómoda; resignación ante la comodidad, pues salir de la pecera parece un sueño imposible.

Hiperconexión y aceleración actúan conjuntamente y alimentan los vínculos ocultos que estructuran la economía misma de la atención: estar disponible todo el tiempo para un número creciente de estímulos, aumentar el tiempo pasado con las herramientas, al mismo tiempo que la productividad de

ese tiempo. A finales de 2019 podíamos sonreír ante las cifras de las encuestas que mostraban que el 17% de los propietarios de un par de AirPods, los cascos conectados de Apple, no se los quitan para hacer el amor y suspiran cuando Netflix anuncia la posibilidad de ver programas a velocidad acelerada. Estas dos anécdotas ilustran un movimiento que no tiene nada de nimio: la conquista de nuestro tiempo en duración y en intensidad sigue avanzando.

La aceleración es el principio de organización del nuevo capitalismo digital. El tiempo se vuelve al mismo tiempo recurso y objeto de numerosas transacciones. Su valor aumenta, pero su rendimiento disminuye a medida que se va ocupando. Nuestras vidas se desintegran.

Televida

Luego, nada ocurrió como esperábamos. La pandemia provocó, a través del confinamiento, una sedentarización sin precedentes. Las pantallas nos salvaron. Gracias a ellas todo fue posible: el trabajo, la amistad, la familia, el amor. Pudimos seguir formando parte del mundo, pero este momento de epidemia marcó el triunfo de la red y de los dispositivos conectados a ella. Cómo hablar de dependencia y de polarización cuando la conexión permite salvar los

ingresos profesionales y la relación con los demás, cuando representa una fuerza emancipadora frente a la amenaza de la enfermedad... La pecera de las pantallas nos ha permitido estar juntos y no asociar nuestra inmovilidad a una reclusión efectiva y a veces afectiva. Inmóviles en el espacio, hemos seguido moviéndonos en sociedad. Entre todas las aplicaciones que han estado a nuestra disposición para seguir viviendo, la que se ha impuesto es Zoom.

Los contadores se han embalado, hemos abandonado el conteo. Nos hemos aferrado a las pantallas. Las ventanas retroiluminadas se convirtieron en las únicas puertas que teníamos derecho a cruzar para aprender, trabajar, reír, hablar, amar. El tiempo de la pantalla se ha convertido en la medida de la actividad. Las cifras del confinamiento dan vértigo. Un 60% más ante la pantalla entre los niños de 6 a 10 años, un aumento del 70% entre los adolescentes, un 40% entre los adultos, según el observatorio francés de la actividad física y la vida sedentaria. Las pantallas de antes, como la televisión, tuvieron tanta parte en el festín como las nuevas. De Zoom a Teams, de Moodle a House Party, todas nuestras actividades sociales pasaron a las dos dimensiones de las pantallas planas.

Y eso no afectó en absoluto a las redes sociales. En 2021, según el Pew Center en Washington D. C., siete de cada diez estadounidenses utilizaban al me-

nos una red social, una cifra que no se ha movido desde hace cinco años. El 81% decía haber visitado YouTube (frente al 73% en 2019). El 69% de los adultos frecuentan regularmente Facebook y siete de cada diez usuarios visitan esta red al menos una vez al día. Las cifras de uso relativizan la deceleración en la conquista de nuevos abonados.

En las redes no existe la distancia social. Un informe de la asesoría KalaGato detalló los efectos de un confinamiento estricto de dos meses en algunos lugares de Estados Unidos. Las cifras dan vértigo: un 62% más para Facebook, un crecimiento similar para Instagram, 44% para TikTok, 37% para Snapchat y... 315% para LiveMe, una plataforma audiovisual que ofrece la posibilidad de compartir *retransmisiones* en directo («conviértete en una estrella»). Dicho de otra forma, el usuario medio, que pasaba 41 minutos al día en Facebook antes del confinamiento, dos meses más tarde pasaba 67 minutos.

Las pantallas se han convertido en nuestro mundo, en nuestro beneficio... y en el suyo.

Cansancio de Zoom

Los optimistas han hablado de la posibilidad que todos tenemos de vivir una experiencia similar a la del protagonista del libro *Viaje alrededor de mi habita-*

ción, que el joven oficial Xavier de Maistre publicó en 1794, tras cuarenta y dos días confinado en su habitación. Los cuarenta y dos capítulos de este relato autobiográfico elogian el encierro, que permite el vagabundeo imaginario, la percepción de la realidad del alma y la afirmación de la identidad. En esta obra se adivina el futuro nacimiento del romanticismo. El narrador, encerrado en la ciudadela hexagonal de Turín tras un duelo, se pasea por las ideas que le sugieren sus muebles, sus libros, su perro y las paredes de su celda. Este viaje no tiene límites: la presencia de los muros obliga a superarlos y hacerlo es una liberación que permite ir más allá de los límites que impone el cuerpo. No estar encerrado es una prueba que alimenta inexorablemente la nostalgia de un momento en el que todo fue posible.

Los pesimistas hubieran podido convocar el turbador relato de ciencia ficción *La máquina se para* de Edward Morgan Foster, publicado en 1909, en el que se describe una humanidad que ya no está en condiciones de habitar en la superficie de la Tierra. Cada ser ve el universo limitado a una celda subterránea y obedece a un orden que se rige por una máquina amistosa y terrible. Esta herramienta da a cada cual lo necesario para vivir y responde a las diferentes necesidades psicológicas o fisiológicas, garantizando una seguridad absoluta frente a los peligros de la superficie. La actividad humana cambia y se limi-

ta a la comunicación instantánea, en texto o en imagen. Estos intercambios se limitan a la expresión en bruto de las opiniones, pues los conocimientos ya no tienen objeto. El relato se construye alrededor del vínculo entre una madre y su hijo y cuenta cómo el hijo arrastra a su madre a rebelarse, empujándola a no aceptar un orden mecánico y preferir las promesas sensoriales de la vida en la superficie.

Estos escritos hacen pensar en el final del confinamiento, ya sea para lamentarlo o para desearlo. En el caso de nuestro confinamiento conectado, pensábamos en un «mundo de después», nuevos años locos, o bien en la vuelta al mundo de antes. Ahora nadie parece imaginar una nostalgia futura del confinamiento que estuvimos viviendo. Tanto si ha sido difícil para muchos (dificultades materiales o personales, niños pequeños) o fácil para algunos, vivir la vida únicamente a través de una pantalla ha resultado agotador para todos.

La sociedad hiperconectada es una sociedad del cansancio: cansancio de la toma de decisiones frente a los permanentes reclamos de atención, cansancio de no controlar el tiempo, cansancio psicológico frente a la sobrecarga emocional permanente. El periodo del virus ha sumado el «cansancio de Zoom», definición que Arnaud Vamont y Léo Favier usaron en su programa *Dopamine*. Este nuevo síntoma se basa en la imperfección de la aplicación para gestio-